35 – Cuando Dios Convence Dentro

Posted on ***January 01,1970*** *by* ***Néstor Martínez***

Image type unknown
http://www.ministeriotiempodevictoria.com/wp-content/uploads/2026/11/Cuando-Dios-convence-Dentro.webp

El convencimiento puede nacer de la mente, de la experiencia, de la educación o de aquello que hemos decidido creer. El ser humano puede llegar a estar profundamente convencido de algo y, sin embargo, seguir viviendo desde sus propios recursos. Hay convicciones intelectuales que organizan nuestra vida, pero no necesariamente transforman nuestro corazón. Por eso Jesús habló de una obra más profunda: ***«el Espíritu de verdad»*** que guía a los hijos de Dios a la verdad (Juan 16:13). El convencimiento pertenece muchas veces al terreno de la carne: puedo entender, analizar, comparar, discutir y finalmente aceptar una idea. Puedo incluso defenderla con pasión. Pero la convicción que viene de Dios no se limita a cambiar una opinión; cambia la fuente desde la cual vivo. Pablo dice que ***«El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios»*** (Romanos 8:16). Allí comienza otra clase de certeza: no nace solamente de lo que sé acerca de Dios, sino de lo que Dios está haciendo dentro de mí. El humanismo puede colocar al hombre en el centro y confiar en su capacidad para construir significado, justicia, progreso y sentido. La fe bíblica comienza en otro lugar: Dios es la fuente, el hombre es criatura y, en Cristo, recibe una nueva identidad como hijo. Esto no disminuye la dignidad humana; la fundamenta. ***«Creó Dios al hombre a su imagen»*** (Génesis 1:27). Nuestra grandeza no consiste en independizarnos de Dios, sino en descubrir para qué fuimos creados y aprender a vivir desde esa relación. Por eso hay una diferencia entre decir «yo creo en Dios» y vivir como hijo de Dios. La primera expresión puede ser una afirmación intelectual; la segunda implica una existencia orientada por una relación. Jesús no enseñó simplemente a aceptar conceptos acerca del Padre, sino a vivir diciendo: «Padre nuestro» (Mateo 6:9). La identidad cambia la manera de mirar el mundo. Ya no vivimos solamente para defender nuestro lugar, demostrar nuestro valor o controlar nuestro futuro; aprendemos a recibir la vida como hijos y a administrarla como ciudadanos del Reino. La convicción espiritual tampoco significa una seguridad emocional permanente. Hay momentos de silencio, preguntas, cansancio y hasta desconcierto. La diferencia está en dónde descansamos cuando no sentimos nada extraordinario. ***«Porque por fe andamos, no por vista»*** (2 Corintios 5:7). La convicción no depende de estar siempre emocionados. Puede permanecer serena cuando las emociones cambian, porque su fundamento no es nuestro estado interior, sino la fidelidad de Dios. El Espíritu Santo trabaja precisamente en esa profundidad. No viene solamente para darnos información religiosa, sino para formar en nosotros una vida nueva. Pablo escribe: ***«todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios»*** (Romanos 8:14). Ser guiados implica aprender a escuchar, discernir, obedecer y corregir el rumbo. **La verdadera convicción no nos vuelve rígidos ni superiores; nos hace más sensibles a Dios y más responsables delante de los demás.** Aquí aparece una diferencia esencial entre convencer y transformar. Podemos convencer a una persona mediante argumentos, presión, miedo o persuasión. Dios, en cambio, puede llevar su verdad hasta lo profundo de nuestro ser. Jesús dijo que cuando viniera el Espíritu Santo, ***«convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio»*** (Juan 16:8). Esa obra no consiste en humillar al ser humano, sino en llevarlo a la verdad sobre sí mismo, sobre Cristo y sobre la dirección de su vida. Cuando esa convicción alcanza el corazón, dejamos de preguntarnos solamente «¿Qué puedo hacer?» y comenzamos a preguntar «¿Qué quiere hacer Dios en mí y por medio de mí?». Esa pregunta cambia nuestra relación con el poder, con el dinero, con el trabajo, con los demás y con nuestras propias capacidades.

El ciudadano del Reino no vive para imponerse, sino para servir. Jesús dijo: ***«el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor»*** (Marcos 10:43).

Ser ciudadanos del Reino tampoco significa escapar de la sociedad. Significa vivir dentro de ella con otra fuente de identidad. Pablo recuerda que nuestra ciudadanía está ***«en los cielos»*** (Filipenses 3:20), pero esa ciudadanía celestial no nos desconecta de la tierra; nos compromete con ella de una manera diferente. Somos enviados a amar, trabajar, crear, cuidar, reconciliar y hacer justicia. Jesús llamó a sus discípulos ***«luz del mundo»*** y ***«sal de la tierra»*** (Mateo 5:13-14).

Por eso, la convicción que viene del Espíritu no produce aislamiento ni desprecio hacia quienes piensan diferente. Si sabemos que somos hijos, no necesitamos vivir permanentemente demostrando que tenemos razón. Podemos escuchar sin miedo, servir sin buscar reconocimiento y sostener la verdad sin convertirla en un arma. ***«La verdad en amor»*** (Efesios 4:15) expresa mejor la madurez del Reino que cualquier necesidad de vencer una discusión. El convencimiento humano puede decir: «Esto es así porque yo lo entiendo, porque lo experimenté o porque alguien me lo enseñó».

La convicción espiritual puede decir algo más profundo: «He encontrado una verdad que me está encontrando a mí».

Ya no se trata solamente de poseer una creencia, sino de permitir que esa verdad nos posea, nos ordene y nos transforme. Como afirma Pablo***:«ya no vivo yo, más vive Cristo en mí»*** (Gálatas 2:20). En última instancia, la diferencia está entre vivir desde nosotros mismos o recibir nuestra vida de Dios. La carne pregunta cuánto podemos alcanzar con nuestras fuerzas; el Espíritu nos enseña a caminar en dependencia. El humanismo puede exaltar la capacidad del hombre; el Evangelio revela al hombre como hijo amado que encuentra su verdadera identidad en el Padre. La convicción no elimina nuestra voluntad: la libera de vivir encerrada en sí misma. Entonces comprendemos que ser hijos de Dios no es solamente tener una doctrina correcta, sino aprender una manera nueva de existir. Somos personas, pero nuestra vida no termina en nosotros. Somos ciudadanos de un Reino que no funciona según la lógica de la dominación, sino según el amor del Rey. Y cuando el Espíritu Santo produce convicción en nuestro interior, dejamos de vivir únicamente desde lo que pensamos que somos capaces de hacer y comenzamos a caminar desde aquello que Dios ya declaró sobre nosotros:**somos sus hijos, llamados a reflejar su vida en medio del mundo.**

Posted in:Blog,Sin Categoría | | With 0 comments